



02 Oct 2026

Ignacio Ramonet: 'El pensamiento crítico está dispuesto a modificar sus ideas cuando los hechos lo exigen'

SEGUNDA PARTE

Entrevista a Ignacio Ramonet, periodista y catedrático de teoría de la comunicación, fundador de Attac Francia. Por Héctor Bujari Santorum en Periodismo Alternativo

Sobre el Sáhara Occidental, usted mantiene una postura, bastante criticada, que defiende la marroquinidad histórica del territorio y respalda la propuesta de autonomía de Rabat, argumentando que la colonización « amputó » a Marruecos. Esta posición choca frontalmente con la de buena parte de la intelectualidad de izquierdas y del pensamiento anticolonialista. ¿Cómo justifica esta postura dentro de su marco teórico de pensamiento crítico y qué lugar ocupa en su análisis el derecho a la autodeterminación del pueblo saharaui?
Es una cuestión compleja y no creo que deba responderse mediante consignas. Precisamente porque mi pensamiento crítico ha estado siempre vinculado a la lucha contra el colonialismo, considero necesario abordar este asunto desde la historia concreta del Magreb y no solo desde esquemas ideológicos preconcebidos.

Es un tema que conozco bien. Mi posición parte de una constatación histórica: las fronteras del Magreb fueron profundamente alteradas por la colonización europea. Francia y España no se limitaron a ocupar territorios; reorganizaron espacios políticos, étnicos, administrativos y económicos que anteriormente estaban articulados de otra manera. Por ejemplo, el colonialismo francés integró por derecho de conquista casi todo el inmenso Sahara a su territorio de Argelia que era el que París mejor controlaba porque lo había anexionado totalmente. Observo también que no hay reivindicación nacionalista en el Sahara argelino... Y no hablemos del problema amazigh (o bereber). En el caso de Marruecos, la colonización francesa y española produjo una fragmentación territorial que, desde mi perspectiva, no puede ignorarse cuando se analiza la cuestión del Sáhara.

Cuando hablo de una «*amputación*» de Marruecos me refiero precisamente a ese proceso histórico. No estoy diciendo que la historia pueda resolver automáticamente una cuestión política contemporánea ni que las fronteras actuales deban modificarse simplemente para recuperar las fronteras anteriores a la colonización. Sería absurdo aplicar mecánicamente ese principio a todos los territorios africanos descolonizados. Lo que sostengo es que existe una dimensión histórica, a través de los siglos, de los vínculos entre el territorio sahariano y el sultanato de Marruecos que no puede ser simplemente descartada como una ficción inventada después de la independencia marroquí de 1956. Hubo relaciones de autoridad, lealtad y vínculos tribales con el sultanato, aunque la naturaleza exacta de esos vínculos ha sido objeto de interpretaciones históricas muy diferentes.

Y aquí está precisamente el punto en el que mi posición se distancia de una parte de la izquierda anticolonialista. Considero legítimo cuestionar la utilización del concepto de autodeterminación cuando se aplica de manera selectiva y sin tener suficientemente en cuenta la historia colonial que produjo las fronteras sobre las que después se pretende ejercer ese derecho. Pero quiero ser muy claro en algo: reconocer la dimensión histórica de la marroquinidad no significa negar los derechos del pueblo saharauí.

El derecho a la autodeterminación es un principio fundamental del derecho internacional y no creo que pueda simplemente desaparecer de este análisis. La cuestión es cómo se concreta esa autodeterminación. ¿Debe significar necesariamente la creación de un Estado independiente? Ésa es una posibilidad, pero no es la única forma históricamente existente de autodeterminación. La autonomía, la asociación o determinadas formas de autogobierno pueden constituir también fórmulas mediante las cuales una población ejerce un grado sustancial de autodeterminación.

Por eso considero que la propuesta de autonomía presentada por Marruecos merece ser discutida seriamente y no descartada de antemano. Si existe una solución que permita preservar la integridad territorial de Marruecos y, al mismo tiempo, garantizar a la población saharauí amplias competencias políticas, culturales, económicas y administrativas, garantías democráticas y mecanismos de representación propios, creo que esa posibilidad debe ser explorada. Ahora bien, una autonomía solamente tendría legitimidad si fuera aceptada por los propios saharauíes. Éste es un punto esencial. No se puede defender la autodeterminación de los pueblos y después sustituir la voluntad de ese pueblo por la voluntad de un Estado, de otro Estado o de una potencia exterior.

Mi posición, por tanto, no consiste en decir: «Marruecos tiene razón y los saharauíes no tienen derechos». Es exactamente lo contrario: intento situar dos realidades históricas y políticas que existen simultáneamente. Por un lado, los vínculos históricos entre Marruecos y el Sáhara, y el carácter artificial y neocolonial de muchas de las fronteras heredadas del colonialismo; por otro, la existencia de una población saharauí con derechos políticos propios y cuya voluntad no puede ser ignorada. También considero necesario recordar que el conflicto del Sáhara no puede analizarse al margen de la rivalidad regional entre Marruecos y Argelia. El enfrentamiento entre ambos Estados ha convertido durante décadas la cuestión saharauí en uno de los principales escenarios de la disputa geopolítica del Magreb. Eso no invalida las reivindicaciones saharauíes, pero sí demuestra que el conflicto es mucho más complejo que una simple oposición entre «colonizador» y «colonizado».

Y aquí es donde sitúo mi pensamiento crítico. Ser anticolonialista no significa necesariamente aceptar cualquier interpretación que se presente bajo el lenguaje del anticolonialismo. Significa analizar históricamente las relaciones de poder, identificar las herencias coloniales y, al mismo tiempo, defender los derechos concretos de las poblaciones implicadas. En última instancia, mi criterio es muy sencillo: la solución debe ser pacífica, negociada, democráticamente aceptada por los saharauíes y los marroquíes y compatible con una estabilidad duradera del Magreb. Si una autonomía amplia, real y garantizada internacionalmente puede satisfacer esas condiciones, considero que merece ser considerada como una solución posible y, en mi opinión, particularmente realista. Lo que no me parece aceptable es convertir el conflicto en una cuestión de ortodoxia ideológica. Después de tantas décadas, lo que necesitan los saharauíes no es solamente que se proclamen sus derechos: necesitan que esos derechos puedan convertirse finalmente en una realidad política concreta.

Ha entrevistado a figuras históricas como Fidel Castro, Hugo Chávez o Miguel Díaz-Canel. ¿Cree que el periodismo de entrevista en profundidad, como el que usted practica, está en peligro de extinción frente a la inmediatez y el ruido de las redes sociales?

Sí, está en peligro, pero no creo que esté condenado a desaparecer. Y quizá precisamente porque vivimos en una época dominada por la velocidad, la entrevista en profundidad adquiere un valor todavía mayor. Una entrevista profunda exige algo que hoy se ha vuelto casi revolucionario: tiempo. Tiempo para preparar las preguntas, tiempo para escuchar las respuestas, tiempo para que el entrevistado pueda desarrollar una idea, contradecirse, rectificar, recordar. Y también tiempo para que el periodista pueda repreguntar.

Cuando entrevisté a Fidel Castro, por ejemplo, no estaba simplemente intentando obtener una declaración. Mi objetivo era comprender cómo pensaba. Eso exige entrar en la lógica intelectual y política del entrevistado, incluso cuando uno no comparte sus posiciones. Una entrevista de ese tipo es casi una forma de investigación. El periodista no debería limitarse a preguntar «¿qué piensa usted de esto?». Tiene que conocer suficientemente la historia, los hechos y las contradicciones del personaje para poder formular una segunda pregunta que vaya más lejos que la primera respuesta. Y eso es justamente lo contrario de buena parte de la lógica dominante en las redes sociales.

Las redes han transformado radicalmente el ecosistema informativo. Han democratizado, como ya le dije, la posibilidad de producir y difundir información, han permitido que voces antes excluidas puedan expresarse y han roto, en cierta medida, el monopolio de los grandes medios. Eso es positivo y no debemos olvidarlo.

Pero al mismo tiempo han creado una *economía de la atención* basada en la velocidad, la emoción y la fragmentación. La información compite ahora con el entretenimiento, la indignación y el espectáculo. Una declaración de diez segundos puede circular por millones de pantallas, mientras que una conversación de dos horas puede pasar desapercibida.

El problema no es solamente tecnológico. Es también económico. Los grandes medios han reducido sus redacciones, han acelerado los ritmos de producción y han convertido cada vez más el periodismo en una actividad sometida a los imperativos de la audiencia y de los algoritmos. El algoritmo, además, tiene una característica muy particular : no premia necesariamente la verdad ni la profundidad. Premia aquello que consigue retener nuestra atención. Y una sociedad que solamente consume fragmentos termina teniendo dificultades para construir una visión de conjunto.

Por eso creo que la entrevista de profundidad cumple hoy una función casi pedagógica. Obliga a pensar en secuencias largas. Permite reconstruir una trayectoria, establecer relaciones entre acontecimientos y descubrir las contradicciones de una personalidad. Una buena entrevista no es un interrogatorio : es una conversación intelectual.

Pero tampoco debemos idealizar el pasado. La entrevista tradicional tenía sus propias limitaciones. Los grandes medios decidían quién podía hablar y quién permanecía invisible. Hoy, gracias a Internet, un periodista independiente puede publicar una conversación y llegar potencialmente a una audiencia mundial sin pasar por los filtros de una gran redacción. Eso abre posibilidades extraordinarias.

Por tanto, no creo que el futuro consista en oponer el periodismo tradicional a las redes sociales. El desafío consiste en utilizar las nuevas herramientas sin adoptar necesariamente su lógica de superficialidad.

Podemos hacer una entrevista de dos horas y después utilizar fragmentos de treinta segundos para atraer a una audiencia hacia la conversación completa. Podemos combinar texto, vídeo, audio, archivos y documentos. La tecnología no tiene por qué destruir la profundidad ; puede incluso ayudar a difundirla. Lo que sí está en peligro es otra cosa : la capacidad de nuestra sociedad para prestar atención durante un tiempo prolongado. Y eso me preocupa más que la desaparición de un determinado género periodístico. Porque una democracia necesita ciudadanos capaces de escuchar argumentos complejos, comparar versiones, distinguir hechos de opiniones y aceptar que una cuestión importante rara vez puede explicarse en 280 caracteres o en un vídeo de veinte segundos.

Por eso seguiría defendiendo la entrevista larga. Cuando uno tiene delante a una persona que ha participado directamente en acontecimientos históricos, no debería tener prisa. Hay preguntas que necesitan diez minutos para ser formuladas y respuestas que necesitan una hora para comenzar a comprenderse. Quizá ésa sea precisamente la paradoja de nuestro tiempo: cuanto más rápida se vuelve la información, más necesario se hace un periodismo capaz de detener el tiempo.

El auge de las extremas derechas en Europa no puede explicarse únicamente por la manipulación mediática ni por la existencia de dirigentes demagógicos.

En un contexto de auge de las extremas derechas en Europa y de crisis de los relatos tradicionales de la izquierda, ¿cuál cree que debe ser el papel del intelectual y del periodista crítico en la próxima década? ¿Qué lecciones extrae de su larga trayectoria para las nuevas generaciones?

Creo que estamos entrando en una época en la que el papel del intelectual y del periodista crítico vuelve a ser particularmente importante. Cuando las sociedades atraviesan momentos de incertidumbre, miedo y transformación profunda, aparece siempre la tentación de buscar respuestas simples. Y precisamente ahí comienza la responsabilidad del pensamiento crítico : resistir a la simplificación. El auge de las extremas derechas en Europa no puede explicarse únicamente por la manipulación mediática ni por la existencia de dirigentes demagógicos. Hay que preguntarse por qué millones de personas encuentran en esos discursos y en esos líderes una respuesta a sus frustraciones, a sus miedos y a su sentimiento de abandono.

Durante demasiado tiempo, una parte de la izquierda ha cometido el error de considerar que determinadas categorías sociales —la clase trabajadora, los sectores populares, los funcionarios, los jóvenes— constituían automáticamente su electorado. Eso ya no es así. Cuando una persona pierde su empleo, ve deteriorarse su salud y sus condiciones de vida, teme por su futuro o siente que nadie la escucha, puede ser atraída por un discurso nacionalista, xenófobo o autoritario que le ofrece un responsable identificable de sus problemas.

Por eso la primera obligación del intelectual crítico es comprender antes de condenar. Comprender no significa justificar. Significa analizar las causas profundas de un fenómeno para poder combatirlo eficazmente. No se puede derrotar políticamente a la extrema derecha limitándose a decir que sus electores son ignorantes, racistas o manipulados. Hay que comprender las condiciones económicas, sociales, culturales y mediáticas que hacen posible su crecimiento. Y ahí el periodista tiene una responsabilidad enorme.

El periodista no debe convertirse en militante de ninguna causa, ni siquiera de una causa que considere justa. Su primera lealtad debe ser con los hechos y con los ciudadanos. Un periodista crítico no es el que confirma nuestras ideas ; es el que nos obliga a pensar mejor. Esto exige recuperar algo que se ha deteriorado considerablemente : la investigación. Verificar documentos, consultar fuentes contradictorias, reconstruir los acontecimientos, identificar quién posee el poder, quién se beneficia de determinadas decisiones y quién queda perjudicado.

En la próxima década habrá, además, un desafío nuevo: la inteligencia artificial. Estamos entrando en un universo en el que será cada vez más difícil distinguir una imagen verdadera de una imagen fabricada, una voz real de una voz sintetizada, un acontecimiento cierto de una ficción cuidadosamente construida. La desinformación va a adquirir una escala y una sofisticación desconocidas. Por eso creo que el periodista del futuro tendrá que ser, en cierta manera, un *detective de la realidad*.

Pero hay algo todavía más importante: no basta con verificar la información. Hay que comprender el mundo en el que esa información se produce. El periodista debe saber de economía, de geopolítica, de tecnología, de historia, de medio ambiente. La especialización es necesaria, pero el conocimiento fragmentado puede impedir comprender las relaciones entre los fenómenos. En cuanto al intelectual, su tarea tampoco debería consistir en ofrecer respuestas prefabricadas. Un intelectual es alguien que conserva la capacidad de formular preguntas cuando todo el mundo parece tener ya las respuestas. Y hay otra responsabilidad que considero fundamental : no aceptar como inevitable aquello que solamente es dominante.

Durante mi trayectoria he visto desaparecer muchas certezas que parecían eternas. He visto cambiar los equilibrios internacionales, derrotar al colonialismo, caer la Unión Soviética, aparecer Internet, transformarse los medios de comunicación y surgir nuevas potencias. Cada época ha tenido sus supuestas verdades definitivas. Por eso una de las lecciones que transmitiría a las nuevas generaciones es ésta : no confíen demasiado en las certezas de su tiempo. Pregunten siempre, insisto, quién las produce, quién las difunde y a quién benefician.

La segunda lección sería: lean. Lean mucho y lean aquello con lo que no están de acuerdo. El algoritmo tiende a encerrarnos en comunidades donde recibimos permanentemente confirmación de nuestras propias ideas. La lectura, en cambio, puede introducirnos en mundos intelectuales que contradicen nuestras convicciones.

La tercera es que el periodismo necesita tiempo. Hay que ir al lugar de los hechos, hablar con la gente, consultar archivos, buscar fuentes, comparar documentos. El periodista no puede convertirse en un simple repetidor de lo que otros periodistas han dicho. Y finalmente les diría que no tengan miedo de equivocarse. En una trayectoria larga, uno inevitablemente se equivoca. Lo importante no es construir retrospectivamente una biografía de certezas perfectas. Lo importante es conservar la capacidad de corregirse cuando los hechos demuestran que uno estaba equivocado. Quizá ésta sea la mayor diferencia entre el dogmatismo y el pensamiento crítico : el dogmático utiliza los hechos para defender sus ideas ; el pensamiento crítico está dispuesto a modificar sus ideas cuando los hechos lo exigen.

Yo he intentado mantener esa actitud durante toda mi vida. Y si tuviera que resumir en una sola frase lo que espero de las nuevas generaciones de periodistas e intelectuales, sería ésta: no sean los guardianes de las verdades establecidas. Sean los investigadores de las verdades que todavía no conocemos. Porque el mundo que viene será sin duda más complejo, más conflictivo y más difícil de interpretar que el que hemos conocido. Y por eso necesitaremos más que nunca periodistas capaces de investigar, intelectuales capaces de pensar sin miedo. Y ciudadanos capaces de no dejar que otros piensen por ellos.